

jaron las islas Filipinas para regresar á su amada patria.

Pero ¡ay! algunos murieron en la travesía sin poder alcanzar este consuelo.

Largo sería enumerar las vicisitudes, las tormentas, las penalidades que sufrieron en la navegacion de regreso; no lo hacemos por no molestar y afligir al lector con nuevos y tristes detalles.

Así concluyó la deportacion de tantos españoles, separados del seno de sus familias sin mas motivo, los mas, que infundadas y torpes delaciones dadas por los esbirros de la policia de un gobierno que ha dejado tristes y dolorosos recuerdos en España; recuerdos que nunca se borrarán de la memoria de los buenos españoles, recuerdos que formarán una página de vilipendio en la historia, para los hombres que llevaron á cabo hechos tan inauditos, recuerdos que inhabilitan para siempre al partido *moderado*, porque ya sus viejas y desacreditadas máximas de gobierno, ó mejor dicho su inicuo sistema de arbitrariedades, no está á la altura de la moderna civilizacion.



CAPITULO LI.

AMOR CIEGO.

Erase el domingo de carnaval de 1851.

¿Y qué es el carnaval?

Un período de locura y disipacion en que el buen humor hace que no haya formalidad posible, en cuanto se anuncia el advenimiento de la mascarilla.

Y este efimero tránsito de locura es y ha sido en todos tiempos universal.

No hablamos del origen de este período estravagante, que convierte el mundo entero en una inmensa casa de Orates, porque ya lo hemos hecho detalladamente en el penúltimo capítulo de la *primera época de María, la hija de un jornalero*.

Nos limitaremos á decir que tambien en Zaragoza como en todas partes hay en semejantes dias, diversiones para todos los gustos, distracciones para todas las clases, bailes, máscaras y festines

que fomentan el buen humor, que escitan la general alegría.

¡La general alegría! es un error... Los seres que sufren, no toman jamás parte en el júbilo de los demás.

Mientras el pueblo alborozado, tras de haber loqueado por las calles y plazas durante el día, acogiáse por la noche en infinitos bailes, como sediento de holgura después de los once meses y medio de trabajo y penalidades, mientras la aristocrácia abría también sus magníficos salones á la avidéz de goces y de placeres, una mujer enlutada, permanecía triste y silenciosa en el magnífico recinto de un palacio.

Esta mujer estaba sentada en un mullido sofá, con un libro en la mano, pero no podía leer, tal era la agitacion de su alma.

Su color pálido y verdoso, sus marcadas ojeras y las canas de sus desordenados rizos, desvirtuaban la agraciada regularidad de sus facciones.

Esta mujer á quien nadie hubiera concedido menos de cincuenta años de edad, no habia aun cumplido treinta y cuatro!... ¡Ay! los infortunios envejecen mas que los años.

Esta mujer en fin... era María, nuestra querida María, á quien hemos conocido tan niña, tan candorosa, tan llena de atractivos!

Desde la ausencia de su esposo, desde la deportacion de su buen padre, desde la muerte de su madre idolatrada, no habia querido desprenderse de su vestido negro.

Habia renunciado á sus lujosos trajes, á sus prendidos, á todas sus joyas... esceptuando la cadena de oro que sostenia el precioso medallon, compañero consolador de todos los azares de su vida, aquel medallon adorado que encerraba la imágen de su Luis.

¡Pobre marquesa de Bellaflor! ¡tan desgraciada en medio de la opulencia!

¡Cuán cierto es que las riquezas no hacen la felicidad de los mortales!

Podia disponer de una fortuna verdaderamente régia, porque su esposo que ya era millonario cuando se casó con ella, habia aumentado considerablemente sus bienes con pingües herencias.

Estos recursos, sin embargo, aunque eran ineficaces para dissipar sus desgracias, proporcionaban grandes consuelos á su corazón, porque no llegaban á sus oidos los ayes del infortunio, sin que su mano generosa dejára de socorrer á cuantos menesterosos imploraban su maternal amparo.

Y ella que enjugaba tantas lágrimas, ella que hacia á tantos venturosos... ¡era infeliz!

La vemos triste, agitada, impaciente, mirando el reloj con doloroso afán, vertiendo lágrimas de angustia... y todo esto á las altas horas de la noche, en aquellos momentos en que los que no se entregan al bullicio de la sociedad, descansan tranquilamente de sus fatigas.

María arroja por fin el libro que de nada sirve en sus manos, su zozobra crece por momentos, vuelve á mirar el reloj y se levanta con impaciencia, y se asoma una y otra vez al balcon como la enamorada que espera al idolo de su alma.

¿Quién puede inspirar á la virtuosa María esta ansiedad?

¿Quién puede tenerla en tan penosa agitacion?

¿No es María un tesoro de virtudes?

¿No es un modelo de perfecciones? No, lectores, no...

Nosotros, en nuestras ilusiones poéticas, creiamos haber llevado á cima nuestro deseo.

Queriamos poner un ángel en la tierra, y los ángeles moran únicamente en el cielo.

Hemos apelado á todos los esfuerzos de nuestra inteligencia para delinear en María el modelo de la mujer: hemos deseado presentarla perfecta en todo.

¿Hay algo en este mundo que sea perfecto?

María tampoco lo es... María tiene un defecto; pero un defecto muy grave... que le cuesta ya copiosas lágrimas... y la prepara sinsabores á cada instante.

Verdad es que el defecto de María es hijo de un alma tierna, de un corazón generoso... es hijo de un AMOR CIEGO, frenético... del amor de madre.

Ausente de su esposo, de sus hermanos, de su padre, y habiendo también perdido para siempre á la que la llevó en su seno, no le quedaba más consuelo en el mundo que sus hijos.

Les amaba con delirio, con ese delirio maternal que ciega á las mujeres más virtuosas.

Enrique é Isabel eran dos ángeles en el concepto de la marquesa.

No veía más que sus gracias, y si algún desliz cometían, antes de que ellos se justificáran, había hallado su madre una disculpa.

Para ellos no había nunca la más leve reprimenda; todo eran caricias y contemplaciones, porque una lágrima suya desgarraba el corazón de su madre... Al menor sollozo, al más leve suspiro de alguno de sus hijos, temía que cayera enfermo y que la muerte se lo arrebatase.

Afortunadamente Isabel, aun en sus infantiles años, era de excelente índole, muy dócil y aplicada; jamás daba un qué sentir á su mamá.

Pero Enrique, á la temprana edad de trece años, si bien por

su aventajada estatura representaba algunos más, sin dejar de tener un corazón excelente, lleno de exquisita sensibilidad, habíase aficionado demasiado pronto á los goces del mundo, y como su buena madre no le escaseaba el oro, y le daba entera libertad, había adquirido íntimas amistades de café, que no solían guiarle por la más recta senda.

Entre estos amigos era el predilecto de Enrique don Julian de Linares, joven de unos veinticinco años de edad, de bella presencia, finos modales, y esa cortesía elegante que se adquiere en la sociedad del buen tono; pero avasallado por la avidez de goces materiales, y careciendo completamente de recursos para satisfacer las exigencias de su libertinaje, tenía que apelar como otros muchos á la explotación de sus incautos amigos.

Así es que en la amistad del adolescente Enrique había logrado hallar el filón de una mina inagotable.

En los principales salones de la alta sociedad madrileña, habíase amaestrado en el arte de la seducción, por manera que se contaban de él portentosas historietas de amores, en las cuales una vez obtenido el triunfo, abandonaba indignamente á sus víctimas, haciendo escandaloso alarde de semejantes proezas.

Esta conducta le acarreaba de continuo lances de honor, en los que, merced á la destreza con que solía manejar todo linaje de armas, solía ser tan afortunado como en sus conquistas amorosas.

Pero como los amantes vencidos, las mamás escarmentadas, los papás engañados y los maridos agraviados por este precoz Lowelace formaban ya una falange numerosísima que por todas partes le acosaba, y no era menos numerosa la de sus acreedores que tampoco le dejaban un instante de sosiego, habíase visto en la pre-

cision de abandonar á pesar suyo la córte, y eligió Zaragoza por campo de sus nuevas hazañas.

Este libertino, que además de las dotes que acabamos de referir poseía el talento de una hipocresía refinada, de la que solía hacer uso para embaucar á los padres de las mas lindas jóvenes y á los maridos de agraciadas mujeres, era el inseparable compañero, el Mentor de Enrique.

La marquesa de Bellaflor, tenía á don Julian en tan buen concepto, que si por desgracia su hija Isabel hubiera frizado en la edad en que una madre se vé obligada á proporcionar á su hija un marido que la haga feliz, le fuera altamente satisfactorio emparentar con el jóven Julian.

Por fortuna la corta edad de la niña en cuestion la evitaba este solemne desacierto.

En cambio se enorgullecía de que Enrique tuviera por amigo un jóven tan simpático, tan juicioso en su concepto, y en cuya amable conversacion hallaba siempre las mas bellas máximas de moralidad.

—Van á dar las tres — murmuraba la marquesa mirando con sobresalto el reloj. — ¡Valgame Dios! ¿Si le habrá sucedido alguna desgracia?

Y volvió á asomarse al balcon, en el momento en que se presentó en la sala el viejo negro Tomás, que hacia tiempo habia regresado ya de su destierro á consecuencia del indulto, y se habia reunido en Zaragoza con su ama.

— Señorita — dijo el buen negro.

— ¿Ha venido ya Enrique? — preguntó con ansiedad la marquesa.

— Si no son mas que las tres.

— ¿Y te parece poco?

— Demasiado tarde es para un niño de trece años. ¡Qué lástima de colegio!

— ¡Tomás! — exclamó en tono de reconvencion la marquesa.

— Perdone usted si la ofendo, señorita; pero es una compasion que don Enrique se pierda tan miserablemente.

— ¿Qué estás diciendo? ¡Que se pierda mi hijo! ¿Y por qué? ¿Porque está en el baile en una noche de carnaval?

— A su edad...

— Es la edad de las ilusiones, Tomás... es la única edad feliz del hombre.... ¿y quieres tú que su madre, prohibiéndole unos goces tan inocentes, tan propios de la juventud, le anticipe los sinsabores que demasiado pronto vienen con los años?

— Pero un niño así.... abandonado á sus deseos.... solo, y sin experiencia en esas diversiones peligrosas...

— No ha ido solo.... Julian que es un jóven sumamente juicioso, me ha prometido que no se separaria un momento de su lado.

— Siendo así.... teniendo usted tanta confianza en don Julian... sabiendo que tiene tan buena compañía... ¿por qué se agita usted? ¿Por qué estraña usted que no venga aun el señorito sabiendo que los bailes de estas noches suelen durar hasta el amanecer? Su salud de usted está demasiado delicada para pasar la noche en vela, en continua zozobra... y recibiendo el relente de la noche en ese balcon.... Vamos, señorita, acuéstese usted, ya que usted misma confiesa que el señorito está bajo la vigilancia de una persona de juicio. Yo le aguardaré, y en cuanto venga...

— ¡Que me acueste!.... Padeceria mucho mas en la cama.... tendria que levantarme á los dos minutos...

—Pues eso no está bien...—esclamó como enojado Tomás.—
Va usted desmejorando de día en día... y proporcionándose sinsabores que pueden tener consecuencias muy tristes.

—¿Qué estás hablando?

—La verdad, señorita...—y enternecido añadió:—porque el corazón se me parte de dolor cuando la miro á usted tan abatida... Yo, que la he visto á usted hermosa y llena de robustez...

—Los años, amigo mio, todo lo destruyen.

—Usted no tiene edad para eso... Treinta y tres años... el período mas bello de la vida.... y veo que se encanecen ya esos cabellos que eran tan lustrosos! No sé de qué le sirve á usted el talento que todos le conceden.... En vez de hacerse superior á las desgracias que son inevitables en este mundo..... parece que halla usted gusto en proporcionarse otras que pudiera muy bien evitar.

—¿De qué desgracias hablas?

—Sí, señora, que no soy yo tan lerdo que no vea los disgustos que le dá á usted continuamente el señorito...

—¡Tomás!

—Y usted se tiene la culpa, porque á un niño no se le debe tratar con ese mimo estremado..... ni se le debe dar tanta libertad... ni poner á su disposición tanto dinero... porque eso no puede producir nada bueno. Yo sé que el señorito juega.... que tiene amistades que nada le favorecen... y no sé yo si estará libre de los demás vicios consiguientes á esa libertad sin freno que se le tolera... que se le aplaude... ¿Y por quién? Por su propia madre que cree de este modo mostrarle todo su amor. Eso no es amor, señorita, créame usted, eso es una debilidad que hará la perdición de su hijo y la desgracia de usted.

—¿Has acabado ya?—preguntó la marquesa conmovida, des-



(11)

(Ayguals de Izco hermanos, editores.)

pués de una breve pausa. —¿No tienes mas insultos que prodigar á tu ama? ; Decirme á mi que no es amor el que yo profeso á mi hijo! ; Decirme que quiero su perdicion! ; Oh! no conoces todo el veneno de estas frases.

—En mis frases no hay veneno, señorita—gritó con enojo Tomás.—Son las palabras que me dicta el corazon.

—Haces bien en gritar—dijo la marquesa en tono humilde.—Conoces tu posicion en esta casa, y por eso me insultas. Yo no puedo reprender á quien todo se lo debo... no puedo rechazar sus insultos..... porque no hay insulto mayor que decir á una madre que desea la perdicion de su hijo.

—Yo no he dicho que usted la desee; pero creo tener derecho...

—A todo, Tomás, á todo... te debo tantos favores!...

—Usted no me debe nada...—dijo el buen negro enjugándose una lágrima.

—Pues qué! —añadió la marquesa casi llorando—¿has olvidado que siendo yo niña entraste con un puñal en la mano en mi alcoba para arrebatarme este medallon y darme la muerte?...

—Eso no es del caso.

—Has olvidado que en vez de asesinarme, saciaste mi hambre y mi sed dándome tus propios alimentos? ; Has olvidado que me sacaste de entre las garras de mis enemigos para dejarme en los brazos de mis padres? ; Has olvidado aquella noche terrible en que el brazo de un asesino estaba ya levantado para dar muerte á mi esposo y tú le salvaste matando al agresor? ; Has olvidado que te arrojaste un dia al canal para librarme de una muerte segura? ; Y dices que nada te debo!

—No me debe usted nada, señorita —repuso enternecido To-